

Amy Allen, *Critique on the Couch. Why Critical Theory Needs Psychoanalysis*, Nueva York: Columbia University Press, 2021, 265 págs.

Puesto que no existen libros traducidos al castellano de Amy Allen, conviene comenzar indicando que es *Liberal Arts Professor* de *Philosophy and Women's, Gender, and Sexuality* y directora del Departamento de Filosofía en la *Pennsylvania State University*. Es preciso añadir que cuenta en su haber con numerosas estancias en otras Universidades y centros de investigación, tanto en E.E.U.U. como en Europa, lo que la convierte en una investigadora multidisciplinar que ha decidido centrarse en la Teoría Crítica. Podría decirse que el ánimo general de su obra es establecer ciertos puentes y relaciones entre la Teoría Crítica y algunos de los planteamientos postmodernos (con especial sensibilidad hacia lo postcolonial). Sería acertado indicar que su objetivo es una cierta actualización de la teoría crítica. En este sentido, por ejemplo, publicó el pasado 2016 el libro titulado *The End of Progress: Decolonizing the Normative Foundations of Critical Theory*. En él, trata de llevar a cabo una crítica de la noción de progreso en los autores de la segunda y tercera generación de la Escuela de Frankfurt y, para ello, se apoya principalmente en Th. W. Adorno, al que trata de completar a partir de M. Foucault.

Tras diversas estancias en el *Instituto de Investigación Social de Frankfurt*, Allen parece no estar muy de acuerdo con los planteamientos de Habermas, Honneth y compañía. Por ello, en este texto trata de presentarnos otra lectura teórico crítica del psicoanálisis. Frente a las lecturas eminentemente racionalistas del psicoanálisis que tienen estos autores, según la propia Allen, ésta pretende contraponer la interpretación del propio psicoanálisis de Melanie Klein. Para la autora existen unos interesantes paralelismos entre la dialéctica negativa de Adorno y los planteamientos de las relaciones objetales de Klein (a lo que se sumará una cierta interpretación de Lacan).

Desde el punto de vista de Allen, el psicoanálisis freudiano corre el riesgo de biologizarse en cualquier momento. A partir de los propios textos de Freud, rastrea lo que Whitebook llamó la *posición oficial* y la *no oficial* de Freud. Según Allen, esta ambigua relación biología-Freud puede ser solventada a partir de los planteamientos kleinianos. La autora muestra un especial interés, en este sentido, por la pulsión de muerte. Según la autora, los escritos tardíos del propio Freud se prestan a una lectura biologizante de la pulsión de muerte, mientras que Klein, al partir en todo momento de relaciones objetales, estaría libre de esa acusación. El hecho de que, para Klein, la posición inicial del bebé sea la esquizo-paranoide, en la cual el

propio bebé escinde el objeto bueno y el objeto malo, posibilita esa noción de agresión primaria ineliminable sin necesidad de ningún recurso a la biología. De esta forma, para Allen, a partir de la noción de intersubjetividad, pero sin renunciar a la dinámica pulsional intrapsíquica, Klein evitaría la severa y certera crítica de Adorno a los revisionistas freudianos (Fromm, Horney...). Klein conserva la lógica pulsional, pero evita el biologicismo, lo que, según Allen, es lo que hace que esta postura sea compatible con los presupuestos antibiologicistas de la teoría crítica. Sólo el paso a la posición depresiva, podrá mitigar los efectos de dicho tipo de agresión. Esta comprensión de la psique es la que la autora define como más *realista* y más posiblemente vinculable a los planteamientos de la teoría crítica.

Esta unión se produce con especial eficacia a partir de la concepción adorniana del “sistema de cicatrices que sólo se integran padeciendo, y jamás de un modo completo”. Según la autora, Klein podría haber suscrito perfectamente esta afirmación e incluso también Lacan; los tres autores, por tanto, compartirían ciertas posiciones en relación a la integración del yo. Estos serán los pilares en torno de los cuales articulara Allen su interpretación del psicoanálisis con vistas a mostrar por qué es necesario hoy el psicoanálisis para la teoría crítica. Klein considerará al sujeto escindido a partir de la posición esquizo-paranoide, el cual tendrá que realizar el paso a la posición depresiva. Esta posición es depresiva porque el bebé se da cuenta de que el objeto malo, al que ha dedicado toda su agresión y hasta ha destruido en sus fantasías, es el mismo objeto que aquel al que ha dedicado todo su amor. La percepción de la madre como un objeto en vez de dos, tanto el bueno como el malo, es lo que caracteriza a esta posición depresiva. Encuentra Allen aquí una curiosa solución al problema o la paradoja del sujeto en Adorno. Si bien, para Adorno, la forma sujeto se basa en la integración de la dominación, en la dominación de la naturaleza interna, a partir de Klein puede argumentarse que esa integración del ego se puede llevar a cabo a partir del paso de la posición esquizo-paranoide a la depresiva, es decir, de un enriquecimiento a partir del autoconocimiento de ciertas partes inconscientes. Y, ¿cuál es el elemento que posibilita ese paso? El amor materno posibilita esa otra forma de comprender la integración del sujeto que sería, por así decir, una forma distinta de comprender la subjetivación contemporánea. Sin embargo, como señala Allen, para Klein no hay posibilidad de integración total de ambos objetos en uno solo, es decir, ambas pulsiones y ambas relaciones objetales son irreductibles entre sí. No existe posibilidad de restablecimiento de una totalidad que nunca existió. En consonancia con Lacan, no existe esa posibili-

dad de totalidad. Los tres autores que utiliza Allen estarían de acuerdo, según ella, en que no existe posibilidad de la reconciliación total. El sistema de cicatrices no es integrable totalmente.

En cambio, la diferencia entre Lacan y Klein es importante. Mientras que Lacan presta atención, siguiendo rigurosamente en esto a Freud, al narcisismo primario, del que emanan la pretensión de restitución de totalidad y omnipotencia; para Klein no existe tal narcisismo primario. El bebé está desde el inicio inserto en relaciones objetales (y si se producen fenómenos narcisistas es con objetos internalizados). No hay posibilidad de comprensión de la psique humana como una mónada, lo que Allen considera clave para una interpretación de tipo sociológico del propio psicoanálisis. La cuestión de lo que podríamos llamar una “intersubjetividad originaria” posibilita la permanente lectura del individuo en relación con otro u otros. A diferencia de Honneth que trataría de leer aquí una relación o dinámica de reconcimiento, lo que Allen interpreta a partir de Klein es la necesidad de integración de esa pulsión de muerte en la posición depresiva que, como ya vimos anteriormente, no puede llegar a completarse.

Ahora bien, el principal desacuerdo con estos autores (Habermas, Honneth...) se produce a dos niveles. El primer nivel en el que se produce es que estos autores parecen compartir la lectura evolucionista o progresista del psicoanálisis, el cual opera con nociones tales como “primitivos”, que son inaceptables desde un punto de vista postcolonial para Allen. Según nuestra autora, la posición *no-oficial* de Freud posibilita una lectura no-eurocéntrica y dejaría de lado los postulados progresistas. Pero, sobre todo, esas nociones progresistas conducen a una lógica del pensamiento de la reconciliación total. Si no se ha producido todavía, es porque no ha habido progreso suficiente. Para ello, la autora de este libro nos muestra el ejemplo de Marcuse en *Eros y civilización*. Con él, podemos observar un modelo en el que la pulsión de muerte sería eliminada y se alcanzaría una sociedad no represiva. En cambio, contraponiendo a estos los planteamientos de Klein, Allen pretende mostrar que esa agresividad primaria no es integrable completamente por parte del sujeto. Es una dinámica pulsional que no puede ser aniquilada. Puede ser ciertamente integrada en la posición depresiva, como ya hemos señalado, pero nada más. En este sentido, el lema lacaniano de que “la cura es que no hay cura” se adecúa de forma perfecta a lo que Allen pretende decir a partir tanto de Klein, como de Lacan y Adorno. La imposibilidad de integración total de ambos objetos, en sentido kleiniano, la imposibilidad de la cura en un sentido lacaniano dada la

imposibilidad de restitución y, por otro lado, la imposibilidad de totalidad postulada por la dialéctica negativa, serían los elementos que Allen moviliza para argumentar su interpretación crítica.

Por otro lado, ya indicamos que Allen considera las lecturas del psicoanálisis de los miembros de la segunda y tercera generación de la Escuela de Frankfurt como excesivamente racionalistas. De forma que dirige una severa crítica a la forma de terapia y comprensión basada excesivamente en el *insight*. Podría decirse que, especialmente Habermas pero no el único, han olvidado la noción fundamental de *transferencia*. La teoría crítica no puede llegar a caer en el error de considerar que se puede convencer o, incluso, curar a nadie únicamente y exclusivamente a través de lo racional. El hecho de que la psique humana tenga componentes irracionales irreductibles, imposibilita dicha opción. El psicoanálisis sería aquí especialmente útil a la teoría crítica, ya que le obliga a salir de lo que serían planteamientos excesivamente racionalistas. La noción de transferencia es crucial en Klein, ya que esta considera que el analista debe tratar de convertirse en el objeto bueno y posibilitar o facilitar el paso a la posición depresiva. Algo similar ocurre para Lacan, para el que la experiencia terapéutica debe ser una repetición de deseo y goce de ciertas situaciones. Allen consigue mostrar que esta dinámica estaba en el psicoanálisis desde sus inicios freudianos y que esta cuestión juega un papel muy importante en el mismo. Y no sólo pretende la autora aquí reivindicar la importancia de la transferencia en el propio psicoanálisis, sino como modelo metodológico para la teoría crítica. Ésta deberá ser una crítica inmanente a los procesos sociales y en permanente contacto con los agentes sociales sobre los que pretende influir. Allen busca así evitar cualquier tipo de crítica trascendental y normativa, abogando por una teoría crítica inmanente y apoyada en esa noción de transferencia.

Allen termina su libro haciendo un cierto repaso político de la situación contemporánea. Considera que fenómenos como el trumpismo deben ser analizados desde una óptica que vea la situación actual como una posición esquizo-paranoide y que, por tanto, el objetivo es alcanzar una posición depresiva. Esto significa que no debemos poner toda la esperanza ni en la razón, ni en la democracia, ya que serán siempre, según Allen, sistemas imperfectos dada la constante amenaza de la posición esquizo-paranoide y la permanente posibilidad de regresión posibilitada por la pulsión de muerte en sentido kleiniano. La esperanza estaría puesta, por tanto, en el reconocimiento amoroso de eso otro tanto en nosotros como en todos los

otros. Una práctica política más cercana al amor materno y reconciliadora que abandona la pretensión de omnipotencia, totalidad y reconciliación absoluta.

A pesar de que el intento de Allen es ciertamente loable, considero que comete algunas imprecisiones. La posición kleiniana parte de una escisión originaria, podría decirse que ha ontologizado dicha escisión. Lo que la situaría en consonancia, aunque en otro nivel, con Lacan y, por cierto, con muchos planteamientos postmodernos. Sin embargo, incluir en este saco a Th. W. Adorno es un error. Si Adorno considera la realidad de forma dialéctica negativa, no es tanto porque no exista una imposibilidad estructural de reconciliación, si no, más bien, porque la situación socio-histórica así lo exige. En el momento en que la situación socio-histórica fuera otra, en el momento en que no existiera capitalismo, no existiría tampoco la dialéctica negativa. Si Adorno rehúsa hablar del futuro es, más bien, porque el presente no lo permite. Es decir, la dialéctica negativa tiene como principal blanco todo tipo de ontología, incluida la de la escisión originaria. Creo que, en este sentido, Adorno no habría aceptado los planteamientos kleinianos ya que una de las grandes virtudes de Freud, según Adorno, es que pensó la psique humana en oposición a la sociedad. El hecho de considerar al individuo una mónada, desde el punto de vista intrapsíquico, da cuenta de la propia realidad social de ese sujeto (lo que además permitiría dar mucha mejor cuenta de los problemas de corte narcisista hoy, que Allen olvida). Desde una perspectiva adorniana es fundamental conservar esa dialéctica sujeto-objeto y no, por tanto, una sujeto-sujeto. Esto posibilitaría la comprensión de que existe una posibilidad de relación entre sujetos que, si bien es cierto que existe, no da cuenta de la afectación del *a priori* que es la forma mercancía. Quizás la ausencia de análisis de la forma mercancía sea el gran pecado de este libro de Allen.

Sin embargo, el libro de Allen no carece de interés por ello. En mi opinión, es un cierto intento de plantear una cuestión que es crucial: la importancia del psicoanálisis en teoría crítica. El hecho de no claudicar y de insistir en una comprensión psicoanalítica de la psique y de su estrecha interrelación con la teoría crítica así como la reivindicación de los planteamientos de los primeros autores de la mal llamada Escuela de Frankfurt, son grandes aciertos de este breve libro de Allen. El hecho de que haya emprendido una cruzada de defensa de Adorno frente a Habermas y Honneth, entre otros, es ciertamente admirable. Pero, además, la autora consigue mostrar de forma bastante clara que sin el psicoanálisis existen toda una serie de puntos clave que la teoría crítica, en especial sus últimos desarrollos, no podrán

observar. Todo aquel que quiera seguir dicha senda y pensar a partir de Adorno hoy, haría bien en leer (y criticar) un libro como este.

Guillermo Hernández

hernandezporrasguillermo@gmail.com